

# UN BEATO *MORAO*:

## BARTOLOMÉ CAPARRÓS GARCÍA

ANTONIO J. M. SALDAÑA MARTÍNEZ Pbro.  
PÁRROCO DE LA PARROQUIAL DE LA CONCEPCIÓN DE ALBOX.

El veinticinco de marzo de 2017, se celebró la solemne beatificación de los Mártires almerienses de la Persecución Religiosa del siglo XX en España. Nada menos que noventa y cinco presbíteros y veinte seglares que, carentes de toda participación política, fueron asesinados brutalmente por el testimonio cristiano de sus vidas. La subida a los altares de estos eximios hermanos nuestros es una verdadera gracia, que no debe pasar inadvertida.

También la Cofradía de los *Moraos* está llamada a participar de este gozo, pues



el que fuera su Consiliario: el sacerdote Bartolomé Caparrós García. Su martirio constituye la más gloriosa de las páginas de esta secular Cofradía alboxense. Habrá que encomendarse a su intercesión, para obtener una mayor fidelidad al compromiso de vida cristiana que conlleva insertarse en toda vida cristiana que de verdad lo quiera ser. Estoy convencido de que la sabiduría y el buen hacer de la Junta de Gobierno sabrán dar los pasos oportunos para que su memoria martirial renazca entre los buenos cofrades.

Mientras, me permito usar este espacio, que todos los años se me ofrece gentilmente, para estimularnos con una sencilla reseña biográfica de este Beato *morao*. Os invito a que, superando mis torpes palabras, leáis con devoción la vida vuestro Consiliario santo. Siempre es bueno leer la vida de los Santos y ojalá se facilitaran más estas buenas lecturas en las familias cristianas.

El Beato Bartolomé nació en Vera. Su nacimiento tuvo lugar el veintisiete de febrero de 1872 en la sastrería de su padre, don Francisco Miguel Caparrós Ramallo. Su madre, doña Ana Josefa García Ruiz, se preocupó de que recibiera las aguas bautismales un día después de su nacimiento en la Iglesia Parroquial de la Encarnación de su ciudad natal.

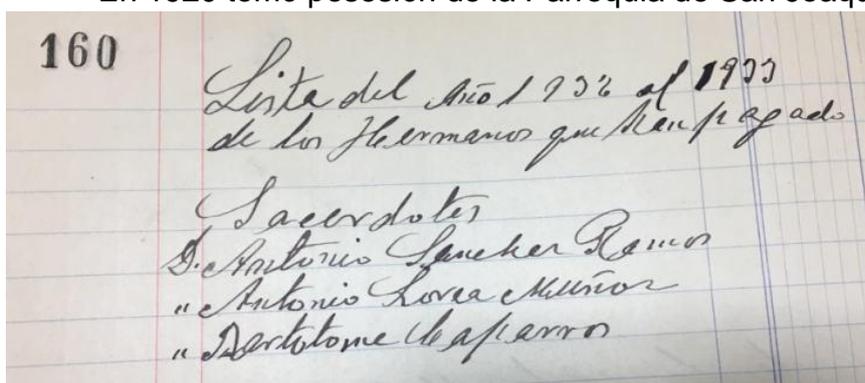
Al experimentar la llamada al sacerdocio ingresó en el Seminario de San Indalecio de la ciudad de Almería, donde estudió con gran aprovechamiento y excelentes calificaciones. En diciembre de 1894 recibió el Subdiaconado y el cinco de junio de 1895 el Diaconado. Ese mismo diciembre, a sus veintitrés años, fue ordenado presbítero a título de patrimonio y celebró su primera Misa.

La inquietud apostólica y la biografía ministerial del Beato resultan apabullantes. El treinta y uno de agosto de 1896 recibió la coadjutoría de la Parroquia de Santa María

de Albox. Cuatro años después, el uno de diciembre de 1900, pasó a la aldea albojense de Las Pocicas como Cura Ecónomo de la Parroquia de Santa Bárbara. En 1901 participó en el concurso a curatos, tomando posesión de la Parroquia de San Sebastián de Olula del Río el treinta y uno de diciembre. Ocho años después, en 1909, fue nombrado Cura de la Parroquia de Santa María de la Anunciación de Serón. En 1911 participó nuevamente en el concurso de curatos y obtuvo el curato de la Parroquia de la Concepción de la Loma de Albox.

Poco tiempo duró esta tercera estancia en Albox, pues un año después fue nombrado Cura Propio de la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Gádor. Fueron muy fecundos los ocho años de su ministerio pastoral en esta villa de la ribera del Andarax. Fiel a las disposiciones de su Prelado, fundó una fructífera Congregación de la Doctrina Cristiana. Mayor sensación causó a los gadorenses la distribución de la hoja parroquial que repartía entre sus feligreses. Desde Gádor participó en el concurso de curatos de 1914 y 1919, e ingresó en la Unión Apostólica Sacerdotal en 1914.

En 1920 tomó posesión de la Parroquia de San Joaquín de Garrucha y, tres años después, de la Parroquia de Santiago Apóstol de Arboleas. En el año 1926 regresó definitivamente a la Parroquia de Santa María de Albox, primero como Cura en Comisión y como Cura Párroco un año después. Con todo, a sus sesenta y cuatro años, se preparó para participar en el concurso a curatos que interrumpió la Persecución Religiosa en 1936.



después, de la Parroquia de Santiago Apóstol de Arboleas. En el año 1926 regresó definitivamente a la Parroquia de Santa María de Albox, primero como Cura en Comisión y como Cura Párroco un año después. Con todo, a sus sesenta y cuatro

Trabajador infatigable, allá por donde pasó dejó establecidas buenas obras que reflejan su caridad pastoral. El centro de sus preocupaciones lo ocupó siempre la formación catequética de su grey, predicando con fidelidad el Catecismo y las directrices de la Iglesia. Declaró la guerra a la blasfemia, combatiéndola por todos lados y hasta con canciones infantiles reparadoras.

Su celo por la dignidad de los templos y las viviendas sacerdotales lo llevó a levantar la nueva casa parroquial de Santa María de Albox, edificando un gallardo edificio que aún hoy se conserva. Todo lo obró con gran austeridad personal y simplicidad para consigo mismo. Nunca descuidó a los pobres y enfermos, organizando para ellos las Conferencias de San Vicente de Paúl y la Procesión General de Impedidos.

Muy devoto de la Madre de Dios, manifestó una singular predilección por la advocación de Nuestra Señora de las Angustias de su ciudad natal de Vera. De los albojenses, a los que tantos años de su ministerio dedicó, se dejó contagiar su profunda devoción por Nuestra Señora de los Desamparados del Buen Retiro del Saliente. Con enorme gozo recibió a la sagrada imagen en su Parroquia durante las inolvidables bajadas de la talla desde su Santuario en el monte Roel. Para ilustrar el culto de su feligresía escribió un precioso novenario en su honor. En el difundido escrito desbordó su creatividad lírica, recogiendo los favores antiguos que la piedad popular atribuía a la intercesión de la Virgen del Saliente. Animado por el Obispo fray Bernardo Martínez Noval, estableció una Comité Ejecutivo para lograr la coronación canónica de la

imagen. La Persecución Religiosa no le permitió ofrecer otra corona a la Virgen que la de su martirio.

Presbítero venerable, dotado de un fuerte carácter y hondo sentido de la justicia, infundía respeto a sus feligreses con su rectitud de vida. Jamás aceptó coacciones de ningún tipo, como tampoco realizó acepción de personas por encumbradas que éstas estuvieran. Poco dado a la diplomacia, que a menudo esconde el vicio de la hipocresía, defendió la ley divina sin cobardía.

Su proverbial rectitud le granjeó la enemistad de los viciosos, que continuamente trataron de amedrentarlo. El cariz del hostigamiento empeoró drásticamente con el advenimiento de la II República, pues los laicistas se creían con derecho a dar rienda suelta a su feroz anticlericalismo. El Beato Bartolomé se convirtió en el centro de sus ataques más furibundos, pues no cesaban en su empeño de amargarle la existencia y vejarse de su persona.

La Persecución Religiosa lo arrojó, definitivamente, en manos de sus enemigos. La valentía con la que salvó al Santísimo de la profanación irritó a los milicianos. El veintiséis de julio de 1936, tras celebrar su última Misa en la capilla de la Milagrosa, recibió un oficio que lo desterraba de Albox.

Con gran dolor, y por imposición, se vio obligado a abandonar su Parroquia y fue acogido por unos amigos en su casa de Fiñana. Tampoco allí lo dejaron en paz, pues nada más llegar fue conducido a la cárcel por orden del Alcalde. En Fiñana sufrió una brutal persecución por parte de la Presidenta de la Sociedad de Mujeres, que no lo conocía de nada y lo odiaba por su mera condición sacerdotal. No contenta con las gestiones que realizó para lograr el asesinato del Beato, llegó a arrancarle la ropa en un dantesco asalto que encabezó a la prisión local. Su sobrina, doña Francisca Salas Caparrós, estaba horrorizada por la severidad de la prisión y buscó clemencia entre los milicianos de Albox. Éstos, con gran desprecio, le contestaron fríamente que el Beato solo merecía la muerte y que su cabeza sería arrojada al mar.

El trece de agosto los milicianos se presentaron con un coche en Fiñana, donde lo sacaron de la cárcel para empujarlo al vehículo y partir hacia la ciudad de Almería. El trayecto fue un auténtico infierno, con múltiples golpes de fusil y puntapiés. Para quebrar sus nervios, detenían la conducción cada cierto tiempo para simular un fusilamiento. Llegados a Almería padeció un largo cautiverio en el Colegio de la Salle, si bien pudo reconfortarse por el auxilio espiritual de otros sacerdotes igualmente presos.

El Beato Bartolomé, tan devoto de Nuestra Señora, fue incluido en la lista de ajusticiados en la noche del doce de octubre, festividad de la Virgen del Pilar. Consciente de que era llegada la hora suprema del sacrificio, se despidió con cariño de un pariente también encarcelado. En sus últimas palabras conocidas encomendó su salvación eterna a la Santísima Virgen y marchó a las tapias del Cementerio de San José. En este lugar recibió el martirio a los sesenta y cuatro años.

Sus reliquias, exhumadas tras la Persecución Religiosa y cristianamente sepultadas en el Mausoleo de los Mártires erigido en el mismo cementerio de su martirio, fueron luego trasladadas a la Abadía de Santa Cruz del Valle de los Caídos. En este lugar sagrado, arrullado por el cántico de los benedictinos, aguarda su cuerpo la resurrección de la carne.